

## HEREDEROS DE BALBOA

### ESPAÑA Y LA CONSTRUCCIÓN DE IDENTIDADES EN CALIFORNIA Y PANAMÁ A COMIENZOS DEL SIGLO XX<sup>1</sup>

BALBOA'S HEIRS. SPAIN AND IDENTITY CONSTRUCTION IN CALIFORNIA  
AND PANAMA AT THE BEGINNING OF THE 20TH CENTURY

Javier Moreno Luzón<sup>2</sup>

<i>Palabras clave</i>	<i>Resumen</i>
Nacionalismo, Identidades, Conmemoraciones, Panamá, California, España	Entre 1909 y 1916, diversas conmemoraciones y exposiciones conectaron la apertura del Canal de Panamá con la herencia hispánica. El centenario del descubrimiento del Océano Pacífico en 1513 produjo un mito versátil, el de Vasco Núñez de Balboa, precursor del Canal y símbolo de la hidalguía española. Así, fue empleado en varias construcciones identitarias: California lo integró en su búsqueda de singularidad dentro de Estados Unidos, marcada por sus orígenes en el imperio español; Panamá lo convirtió en héroe nacional y nexó con la comunidad hispanoamericana. Ambos casos reclamaron la presencia de España para legitimar esas nuevas identidades, pero las respuestas españolas fueron diferentes: mientras la colaboración resultó fácil en Panamá, en California sólo fue apoyada por los liberales que deseaban superar la crisis de 1898 y modernizar el país. Los métodos nacionalizadores, las representaciones culturales y los actores implicados muestran el carácter transnacional, poco estudiado hasta ahora, de estos procesos históricos.
<i>Recibido</i> 22-6-2016 <i>Aceptado</i> 6-12-2016	
<i>Key words</i>	<i>Abstract</i>
Nationalism, Identities, Commemorations, Panama, California, Spain	Between 1909 and 1916, several commemorations and expositions connected the Panama Canal opening to the Spanish heritage. The centennial of the Pacific Ocean discovery in 1513 produced a versatile myth: that of Vasco Núñez de Balboa, Canal predecessor and symbol of Spanish nobility. Therefore, it was used in some identity-building processes: Californians integrated it in the search of singularity within the United States through their origins in the Spanish empire; in Panama, he became a national hero and a link to the Hispanic American community. Both cases claimed the presence of Spain to legitimize these new identities, but the Spanish answers were diverse: while the collaboration was easy in Panama, in California was only supported by Spanish Liberals willing to overcome the national crisis of 1898 in order to modernize their country. Nationalization methods, cultural representations, and involved actors show the transnational character of these historical processes, usually underestimated by scholars.
<i>Received</i> 22-6-2016 <i>Accepted</i> 6-12-2016	

1 Este artículo forma parte del proyecto de investigación HAR2012-37963-Co2-01 (Gobierno de España). Agradezco su ayuda a Miguel Rodríguez, David Marcilhacy, Pablo Ortemberg, Félix Chirú, Pamela Radcliff, Alda Blanco, Stephen Jacobson y Alberto Martín del Valle. El texto se benefició también de una Beca Complutense Del Amo en UCSD.

2 Universidad Complutense de Madrid, España. jamoreno@cps.ucm.es.

*Tu nombre el Genio y el Valor entraña:  
Lo dice el mar que descubriste ansioso  
Y la gloria inmortal que diste a España.  
¡Lo dice tu cadalso ignominioso!*<sup>3</sup>

El 25 de septiembre de 1913, para celebrar el cuarto centenario del descubrimiento del Océano Pacífico, un mensaje telegráfico pidió a los barcos que navegaban por él que arriaran las banderas en honor de su descubridor, el adelantado Vasco Núñez de Balboa. Era una iniciativa del comité que en San Francisco (California) organizaba festejos con ese motivo.<sup>4</sup> Al día siguiente, el remolcador *Gatún* atravesó las primeras esclusas del Canal de Panamá, que preparaba su inauguración y que, al unir el Atlántico y el Pacífico, anunciaba profundos cambios en el comercio mundial. Ambos hechos, la conmemoración y la apertura del Canal interoceánico, se hallaban estrechamente vinculados, pues el héroe español simbolizaba, a juicio de los contemporáneos, la gran empresa del siglo xx.

Diversos actos rememoraron, en aquellas fechas, la hazaña de Balboa, que había explorado el istmo de Panamá en 1513 hasta encontrar el llamado Mar del Sur. En algunos de sus países ribereños, los emigrantes españoles animaron fiestas para ensalzar el acontecimiento, como una velada literario-musical en la Universidad de Chile y una sesión de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.<sup>5</sup> La República de Panamá declaró festivo el 25 de septiembre y ese día se colocó en su capital la primera piedra de la exposición nacional destinada a honrar a Balboa, con España como invitada. En presencia del presidente, desfilaron las fuerzas de policía, se bendijeron los terrenos, un ministro elogió la figura del adelantado y se repartieron recuerdos y cerveza marca *Balboa*. Aquella noche, la colonia española orquestó la correspondiente velada.<sup>6</sup>

Mayor envergadura alcanzaron las celebraciones en el estado norteamericano de California, donde se oficializó asimismo el *Balboa day*. San Diego, junto a la frontera con México, contempló una cabalgata en homenaje al descubridor, llena de figurantes vestidos de conquistadores e hidalgos españoles, al final de la cual miles de personas se concentraron en el parque de la ciudad, bautizado como Parque Balboa. Allí se vertió agua del Pacífico y tierra procedente del Canal de Panamá sobre el lugar donde debía dedicarse una estatua al personaje. Más al norte, en San Francisco, Balboa en persona arribó a puerto a bordo de una carabela y fue recibido por la reina de las fiestas, descendiente de una familia española, proclamó su descubrimiento y fue aclamado por la multitud al recorrer calles y salones engalanados con banderas rojas y amarillas.<sup>7</sup>

3 M. T. Collazos, *A Balboa*, en Méndez Pereira y Martínez (1916, p. 197).

4 *San Diego Union* y *Morning Enterprise* (Oregon City), 26.9.1913.

5 *Revista de la Real Academia Hispano-Americana* (Cádiz), nº 14 (1913), pp. 178-93. *El descubrimiento del Pacífico y la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*. México: Fomento, 1913.

6 *Diario de Panamá*, 23-26.9.1913. *Abc*, 31.10.1913.

7 *San Diego Union*, 27.9.1913. *The San Francisco Call*, 22.10.1913.

Estos espectáculos públicos contrastaban con la modestia de las conmemoraciones en la propia España. En septiembre hubo una función en la Real Sociedad Geográfica, en Madrid; otra en la Casa de América, de Barcelona, alentada por los empresarios catalanes; y un banquete en San Sebastián, la corte de verano. Aunque los eventos principales se desarrollaron unos meses más tarde en Sevilla, que proyectaba ya su exposición hispanoamericana y que acogió una muestra de documentos sobre la América colonial y un congreso de historia y geografía al que llegaron expertos de varias nacionalidades.<sup>8</sup> No hubo, pues, manifestaciones multitudinarias, a diferencia de lo que venía ocurriendo desde 1908 con el fin de recordar la Guerra de la Independencia. Balboa no merecía en su patria el mismo trato que los héroes y heroínas que, cien años atrás, habían luchado por la libertad nacional.

En este caso, la cuestión era otra: encontrar un papel adecuado para España en la coyuntura internacional marcada por la inauguración del Canal de Panamá, que –no era un secreto para nadie– consagraba la hegemonía de Estados Unidos sobre el continente americano, o al menos sobre el Caribe y Centroamérica. Un dominio iniciado con la guerra hispano-norteamericana de 1898. Las élites políticas y culturales españolas no tuvieron que esforzarse demasiado para hallar ese papel, pues, como había ocurrido pocos años antes, con ocasión de los centenarios de las independencias de Argentina o México, recibieron continuas demandas transatlánticas para participar en múltiples fastos (Moreno Luzón 2010). En lugares tan distintos como California y Panamá proliferaban esfuerzos para construir identidades que cohesionaran y realzasen sus respectivas comunidades. Fuera para mostrar su importancia frente a otros estados norteamericanos, o para cimentar una república recién nacida, en ambos territorios se reivindicaba la genealogía española y se requería el respaldo del antiguo imperio.

El uso que, en las dos sociedades, se hizo del pasado hispánico ofrece ejemplos claros y significativos de construcción identitaria. En ambas se elaboraron y difundieron mitos históricos con métodos parecidos –exposiciones enciclopédicas, monumentos y arquitecturas historicistas, festivales variopintos y abundante material impreso– por parte de diversos actores, aunque en una pesaron más los dirigentes locales y la sociedad civil, y en otra, el gobierno y los inmigrantes. Más aún, en torno a la exaltación del logro de Balboa y de otros episodios de la conquista española, pudo constatarse la naturaleza transnacional de los discursos y las prácticas nacionalistas (Thiesse 2006); no sólo por las similitudes entre ellos, sino también porque California, Panamá y España se conectaron a través de iniciativas que se influían mutuamente y que se veían condicionadas por los movimientos globales alrededor del Canal, a través de las redes que tejían la diplomacia, la emigración o los intelectuales, pero también de las alusiones a una historia común, que exigía la presencia foránea en los eventos domésticos. Frente a enfoques centrados tan sólo en actuaciones estatales encerradas en las respectivas

8 Real Decreto (RD) 26.3.1913 (*Gaceta* 9.4.1913). Sucesivas Reales Órdenes (RROO) dispusieron la cooperación de los centros docentes, la recogida de documentos y las licencias a profesores para asistir al Congreso (*Gaceta* 9.7 y 8.9.1913 y de 13.2.1914).

fronteras, estas experiencias ponen de relieve la complejidad y los nexos transnacionales de los proyectos nacionalizadores.

Los españoles de entonces –desde el rey o los diplomáticos hasta los artistas y académicos, sin olvidar las colectividades en América– aprovecharon de forma muy desigual las oportunidades que les ofrecían semejantes requerimientos. En sus respuestas pesaron las divisiones internas y los rescoldos de la derrota frente a Estados Unidos, expectativas muy ambiciosas respecto a sus posibilidades en la nueva coyuntura y la constatación de que, pese a la retórica imperante del nacionalismo regeneracionista, España tan sólo podía aspirar a mantener cierto prestigio en el plano cultural, como progenitora de pueblos y como foco inconfundible de estereotipos neorrománticos, aunque no, en absoluto, como potencia económica o política. Así se constató al estallar la Gran Guerra, ante la cual el gobierno español mantuvo una frágil neutralidad, fruto de la impotencia.

#### 1. SALVAR EL PASADO DE ESPAÑA

Tras la fulminante debacle del 98, las relaciones de España con América mejoraron de forma repentina. Por sorprendente que resultase, la antigua metrópoli se acercó a sus excolonias por dos caminos: de un lado, y ya sin la sombra del imperialismo español en Cuba y Puerto Rico, algunas repúblicas latinoamericanas reclamaron los vínculos hispánicos como una seña de identidad frente al empuje de Estados Unidos; de otro, las élites españolas vieron en ese acercamiento una especie de compensación por aquellas pérdidas y una ayuda en la ingente tarea de regenerar el país y resituarlo en la arena internacional. En ese marco, la conmemoración de las epopeyas americanas, iniciada en 1892 con el cuarto centenario del descubrimiento, acompañó a la exaltación de la *raza*, una comunidad transnacional imaginada que compartía lengua, cultura y hasta psicología, en la que España ocupaba un lugar privilegiado, el de la *madre patria* que se reconciliaba con sus hijas (Marcilhacy 2006). Ese fue el argumento dominante entre quienes defendieron la paradójica participación española en las fiestas patrias que, a partir de 1909, celebraron la independencia del continente (Moreno Luzón 2010). Más difícil parecía encajar una aproximación al enemigo *yanqui*.

Cuando comenzó a vislumbrarse el centenario de Núñez de Balboa en 1913 y se difundió la noticia de que Estados Unidos quería estrenar el Canal en esa misma fecha, algunas voces se elevaron para pedir que España encabezara la conmemoración. Por ejemplo, la del periodista liberal Mariano de Cavia, partidario de propuestas nacionalizadoras –como la *centenariomanía*– para fortalecer el nacionalismo español y, de paso, frenar la emergencia de otros movimientos nacionalistas en Cataluña o el País Vasco. Cavia animaba a los españoles, empezando por el ejército, a no quedarse atrás.<sup>9</sup> Sin embargo, el centenario quedaría reducido a unos cuantos eventos académicos y

9 M. de Cavia, El día de Balboa, *El Imparcial*, 21.2.1913.

a la publicación, por parte de historiadores y ensayistas, de obras biográficas sobre el descubridor del Pacífico.

En todas ellas, como en los resúmenes de la prensa, se repetían tópicos ya muy consolidados sobre la figura de Balboa. Aunque se añadieran datos y pruebas documentales, se asumían las impresiones que, basadas en las crónicas coetáneas y en la recuperación romántica de Manuel Quintana, lo convertían en un hombre superior, admirado y también objeto de las envidias que condujeron a su trágico final. Quintana lo definía como “domador de los montes, pacificador del istmo y descubridor del Mar Austral” (Quintana 1946 [1807], p. 293). Frente a él se perfilaba su antagonista, el gobernador Pedrarias, quien, consumido por el odio, lo perseguía hasta conseguir su ejecución: el joven hidalgo salido de la nada, valiente, aventurero y con excepcionales cualidades, frente a frente con el aristócrata inepto y cruel, viejo y rencoroso. Ese era el esquema, casi inamovible (Aram 2008).

Las biografías del centenario no discreparon de este canon. La más importante, encargada por la Real Academia de la Historia al americanista Ángel de Altolaquíre, reconocía trazas negativas en la conquista, como la sed de oro que excitaba a los españoles o las intrigas entre ellos, pero no cuestionaba su grandeza. El autor enfatizaba “el valor temerario de los españoles o su resistencia física para sobrellevar el hambre, la fe y las fatigas de las penosas jornadas” (Altolaquíre 1914, p. XCIV); penalidades que, gracias a su fe y a su patriotismo, culminaban con el avistamiento trascendental del Mar del Sur. En este y en otros relatos, los indígenas sentían cariño y respeto por los conquistadores y ni siquiera sus perros, que descuartizaban a los que se resistían, eran demasiado crueles; más aún, decía Altolaquíre, si se les comparaba con los modernos torpedos submarinos. La gesta de Balboa se comparaba con la de Aníbal en los Alpes y su nombre se igualaba al de Cristóbal Colón, los dos grandes descubridores de su época.

Entre los parabienes sobresalían los del integrismo católico, que denunciaba el desinterés general por la efeméride y la conectaba con la defensa de la religión y de la monarquía tradicional. Uno de sus periódicos afirmaba que “Vasco Núñez de Balboa es nuestro”, pues sus mismos principios “dirigieron sus actos, que revelan la difusión de la civilización cristiana y el bien de su patria”. El jefe de la derecha carlista, Juan Vázquez de Mella, abundaba en esa equivalencia al recordar que lo primero que había hecho Balboa al ver el mar había sido “arrodillarse junto a su capellán y dar gracias a Dios”. La evangelización de América se alzaba como la clave de la conquista. En el extremo contrario del arco político, un medio republicano coincidía en lamentar la pobreza del centenario y concluía que “la España pletórica y rebosante de los tiempos de Vasco Núñez es un erial que mueve a pena. Castilla cría a los hombres, los mata y los olvida”.<sup>10</sup>

El congreso histórico de Sevilla remarcó la importancia del descubrimiento de Balboa, erigido en epítome de una raza, la hispana, cuya virtud esencial era la hidalguía, es decir, la nobleza y la generosidad. Más allá de su retrato, se trataba de contrarrestar

10 *El Siglo Futuro*, 25-26.9.1913. *El Liberal*, 26.9.1913.

los ataques a la labor colonizadora de España y de sublimarla como una empresa humanitaria, que había tratado bien a la población indígena y que por ello contrastaba con la barbarie anglosajona. Pese a que algunas ponencias, como la del historiador progresista Rafael Altamira, pidieron una historia más profesional, los fines de aquella reunión se resumían en un canto a la hermandad hispanoamericana y en la búsqueda de herramientas en el pasado para revitalizar el patriotismo español. En definitiva, aquello no era sino una pieza más en los afanes regeneracionistas del día.<sup>11</sup>

El argumento más socorrido, ante la culminación del Canal, consistía en señalar los precedentes españoles del proyecto de comunicar ambos océanos; es decir, no consentir que se le arrebatase a España la honra de haber pensado en esa conexión antes que nadie. Un libro titulado precisamente *Los precursores españoles del canal interoceánico* convalidaba ese mérito, que iba de Balboa a los científicos del siglo XVIII y que pasaba por las exploraciones de Hernán Cortés. Es decir, que los norteamericanos se limitaban a realizar planes concebidos por españoles. Un amplio plantel de escritores y políticos, del catedrático Miguel de Unamuno al presidente conservador Eduardo Dato, refrendaban la misma idea, que remachaba el novelista republicano Benito Pérez Galdós: “Titanes de la raza, sublimes Caballeros de la Quimera, vislumbraron la comunicación interoceánica, hoy realizada por los Estados Unidos” (Pérez y Nougues 1915, s.p.). Completaba estas preocupaciones otro biógrafo de Balboa, que exhortaba a sus paisanos en el pueblo extremeño de Jerez de los Caballeros a responder al *día de Balboa* de los *yanquis* con una estatua: “que ni un solo jerezano quede sin aportar su óbulo [sic] al monumento que se ha de erigir a Vasco Núñez de Balboa” (Ruiz de Obregón 1913, p. 185). Ante la avasalladora presencia norteamericana, había que salvar el pasado de España.

## 2. CALIFORNIA ESPAÑOLA

Mientras España debatía cómo superar su crisis nacional, en la costa pacífica de Estados Unidos, entre los años noventa del siglo XIX y su entrada en la Primera Guerra Mundial, las élites políticas y económicas de California erigieron una construcción identitaria que entroncaba con el pasado colonial español. Se trataba de una identidad compleja, a la vez norteamericana, californiana y específica del sur del estado; local por las peculiaridades de cada ciudad –no era lo mismo San Francisco que San Diego– y regional, ya que a veces abarcaba el suroeste del país. Es decir, una variante del nacionalismo estadounidense desarrollada en una coyuntura crucial para California, de patente crecimiento, que culminó con las perspectivas comerciales abiertas por el Canal de Panamá en 1914 y se integró en los planes imperiales de la potencia emergente (Schmidt-Nowara 2008).

Este esfuerzo hispanófilo apenas se vio afectado por la contienda de 1898 y se acentuó y consolidó a su término. Una amplia moda española, centrada en las artes, afectó a todo el país, con mayor intensidad, a su franja meridional (Kagan 2010). En California,

11 *Congreso de Historia y Geografía Hispanoamericanas*. Madrid: Jaime Ratés, 1914.

la búsqueda de raíces propias conllevó la creación de una suerte de pasado fantástico español, ensoñación neorromántica de una edad de oro colonial poblada por caballeros hidalgos, señoritas hermosas, frailes paternales e indios sumisos. Una sociedad armónica y feliz, al son de guitarras y castañuelas, que contrastaba con un presente convulso y en continuo movimiento, inventada por hombres blancos que marginaban no sólo a los indígenas sino también a los mestizos hispanos (Kropp 1999). En el centro de ese imaginario se ubicaba la genealogía hispánica, que distinguía a California de los estados hegemónicos en el país, los de su costa oriental, con sus orígenes ingleses y protestantes. Porque las tierras californianas habían recibido antes que ninguna otra en Estados Unidos la impronta cristiana, poco importaba que fuera católica, en una trayectoria que arrancaba de los exploradores de la costa en el siglo XVI y que se consolidaba con las misiones franciscanas en el XVIII. En vísperas de la inauguración del Canal, a esa narración se añadió el mito de Vasco Núñez de Balboa, su precursor. Los herederos de Balboa se unían a los de Plymouth Rock y Virginia en una civilización que encabezaría el mundo.<sup>12</sup>

Emergió así una fuerte identidad californiana en la que España –la de la vieja monarquía imperial pero también la contemporánea, depositaria de ese legado civilizador– representaba un papel protagonista. Se aseguraba que California era española, pues allí seguían vivas sus antiguas tradiciones, e incluso que era España, sin más. De ese modo se establecían vínculos entre los conquistadores de antaño, los misioneros de ayer y los empresarios y profesionales de hoy, aunque estos fueran en su mayoría angloamericanos, en un relato salpicado de héroes y acontecimientos fundacionales. Para ello se emplearon los útiles característicos de las construcciones nacionales. La historia hispánica de California se representaba en novelas, ensayos y discursos que reproducía la prensa, sobre todo alrededor de conmemoraciones que daban lugar a exposiciones, edificios de estilo español, monumentos y fiestas con numerosas alusiones a España, donde se empleaban arquetipos bien establecidos sobre ella, exóticos y orientalistas. Las celebraciones, muy intensas entre 1909 y 1916, traían consigo continuas llamadas a España para que participase en ellas y las dotara así de una mayor legitimidad, algo importante a juicio de sus organizadores. Pero la respuesta española fue irregular y problemática, por la falta de recursos disponibles y por la pugna en sus sectores dirigentes de alternativas contradictorias.

### 2.1. DE CONMEMORACIONES, HÉROES Y BAILARINAS FLAMENCAS

Entre las iniciativas pensadas para apuntalar la identidad hispánica californiana, tuvo una especial relevancia la restauración de las misiones que, entre San Diego y San Francisco, componían el llamado Camino Real. Un ambicioso proyecto en el que, con fines políticos y turísticos, se embarcaron asociaciones progresistas y personajes cruciales

12 *San Diego Union*, 27.9.1913.

en la recuperación del pasado español, como el escritor Charles Lummis. Incansable adalid de la conquista, sobre la cual publicó ya en 1893 un libro con el significativo título de *The Spanish Pioneers*, Lummis la creía mucho mejor que la angloamericana, que no se había preocupado por convertir a los indios, sino que los había eliminado sin compasión (Thompson 2001). Por ello, a la vez que reivindicaba la cultura indígena, promovía la reconstrucción de las fundaciones franciscanas (Starr 1986). En aquellos años se arreglaron carreteras para abrir paso al automóvil y se señaló el Camino Real con campanas, símbolo de esa historia idealizada. Al mismo tiempo, se publicitaron las misiones como los monumentos más antiguos de Estados Unidos, testimonio de la llegada de la civilización occidental y comparables a las catedrales europeas. Se extendía el *estilo misión* en la arquitectura californiana y los turistas se imaginaban a sí mismos como continuadores de aquellos empeños cristianos (Kropp 1999).

La fiebre misionera expandió el culto a fray Junípero Serra, superior mallorquín de los frailes que habían establecido los primeros centros religiosos, al cual se dedicó, en 1913, una fiesta estatal californiana: el 24 de noviembre, *Serra day*, en el segundo centenario de su nacimiento.<sup>13</sup> También se le levantaron monumentos en distintas ciudades, como la cruz que colocó en Riverside el empresario Frank Miller, dueño del cercano y extravagante Hotel Mission Inn, santuario del pasado hispánico que yuxtaponía, a modo de pastiche, edificios inspirados en España. El paraíso franciscano presidido por Serra, en el que padres e indios vivían en paz y armonía, daba cuerpo a obras de teatro como la muy representada *The Mission Play*, de John Steven McGroarty (Starr 1986). Con el tiempo, se colocó a Serra al mismo nivel que a los padres fundadores de la nación.

Junto con este culto, la hispanofilia se dejó notar en San Francisco, que celebró su recuperación tras el devastador terremoto de 1906 con una serie de fastos y conmemoraciones que condujeron a la exposición universal de 1915, unida a la apertura del Canal. En octubre de 1909, el protagonista fue el descubridor de aquella bahía ciento cuarenta años antes, el militar catalán Gaspar de Portolá, interpretado por el hijo de un inmigrante español. Los programas festivos se ilustraban con imágenes de conquistadores y mujeres hispanas con abanicos y flores en el pelo. Su eje consistió en un desfile de escenas que contaban la historia de la ciudad, como las misiones, la fiebre del oro y la llegada del ferrocarril. Aunque los toques hispánicos no impedían el recuerdo triunfal de 1898. De hecho, en otro de los números del festival, los veteranos de esta guerra exhibieron por las calles de San Francisco la bandera norteamericana más grande que se había visto hasta entonces.<sup>14</sup>

Cuatro años después, el segundo *Portola Festival* incluyó el centenario de Balboa y estuvo protagonizado por *Queen Conchita*, Conchita Sepúlveda, descendiente de una notable familia de la época colonial, que, entre banderas e himnos españoles, convertía

13 *Press Democrat*, 9.10.1913.

14 G. MacGowan, The 1909 Portolá Festival, en [http://www.sfcityguides.org/public\\_guidelines.html?article=635&submitted=TRUE&srch\\_text=&submitted2=&topic](http://www.sfcityguides.org/public_guidelines.html?article=635&submitted=TRUE&srch_text=&submitted2=&topic) (consultado el 1.11.2016).

en su consorte al descubridor. Los medios subrayaban la gracia y la belleza arquetípica de la reina, de piel morena y cabello negro, cuyo nombre evocaba la soleada España. En la inevitable cabalgata histórica, la carroza de la Sociedad Benéfica Española ocupó un lugar preferente.<sup>15</sup> El precursor del Canal se presentaba como el único de los exploradores españoles que había tratado a los indios con justicia y piedad; Balboa encarnaba “el espíritu del descubrimiento”, a “un hombre hecho de la pasta de los líderes americanos”. Su importancia para San Francisco resultaba evidente, no sólo porque había divisado el Pacífico sino también porque, sin los españoles, California no habría poseído ese “abandono alegre” que la singularizaba y atraía al turismo. Los rasgos del carácter hispánico, se afirmaba, corrían por la sangre californiana.<sup>16</sup>

Las marcas de esa identidad en construcción eran aún más visibles en San Diego, una ciudad pequeña y agitada por conflictos laborales y por la vecindad de la revolución mexicana, que también cultivó sus conmemoraciones y planificó una exposición para 1915. En sus festejos se enfatizaban dos ideas fundamentales: por allí había entrado la civilización a suelo norteamericano y los conquistadores españoles tenían sus dignos herederos en los emprendedores que ahora regían la zona. Desde 1892 celebraba al primer europeo que había pisado aquellas tierras en el siglo XVI, Juan Rodríguez Cabrillo (Bokovoy 2005). En 1911 se puso la piedra fundacional de la exposición, se recordó la primera misa cantada por Serra y se montaron complicadas representaciones históricas. El rey Cabrillo presidió el festival y se emparejó con la reina Ramona, trasunto de la protagonista de una famosa novela que dos décadas antes había recreado la California mexicana. Esta vez, los *tableaux vivants* mostraban a Balboa (metido hasta las rodillas en el Mar del Sur, el estandarte de Castilla en una mano y la espada en la otra), Cortés, Cabrillo, Serra y sus frailes, y hasta el dios Neptuno oficiando la boda entre ambos océanos. El paso de las misiones recordaba a la prensa la Semana Santa de Sevilla. Según una publicación de la época, así se “revivía el viejo estilo español de la California despreocupada y amante del placer”, plena de música, color y alegría (Black 1913, s.p.).

En 1913, San Diego celebró el Carnaval Cabrillo con tres días de fiesta y abundantes entretenimientos públicos, en los que los colores y los aires musicales españoles impregnaron los espacios urbanos. Se revivió el desembarco de 1542 y se rindieron honores al humanitario Balboa, unido en una trilogía heroica a Cabrillo y Serra. Bien conectadas con el nuevo presidente demócrata Woodrow Wilson, las élites sandieguinas disfrutaron de sus favores. Un enviado presidencial alabó la desinteresada colonización española, guiada por el espíritu cristiano, y una orden suya cedió en Point Loma, un saliente sobre el océano, el terreno para construir un colosal monumento a Cabrillo. Era la primera tierra nunca vista por un hombre civilizado en la costa del Pacífico de Estados Unidos, el Plymouth Rock del oeste. Por último, se elevó en Presidio Hill, donde había estado Serra, una sencilla cruz con los ladrillos de la misión inicial. Custodiaron

15 Archivo General de la Administración, Alcalá de Henares (AGA) Estado 54/8122.

16 *The San Francisco Call*, 21-23.10.1913 (cita el 22).

la ceremonia soldados españoles vestidos de rojo y amarillo y, en hábitos frailunos, los *Knights of Columbus*, miembros de una organización nacional católica en auge.<sup>17</sup>

Detrás de este programa conmemorativo y monumental, estaba la efímera Orden de Panamá, fundada en 1912 para recordar “las hazañas de los españoles” y preservar su patrimonio en “la tierra del amanecer, la tierra de los deseos de corazón”. La presidía el magnate inmobiliario David Collier, uno de los reinventores de San Diego y director de la exposición. Sus miembros, unos quinientos, vestían a la española, con cascos y espadas, y, asesorados por Lummis, se organizaron y adoptaron nombres de acuerdo con los del Consejo de Indias en la época de Carlos V. Vasco Núñez de Balboa mereció el título de “first Gallant Admiral of the Order of Panama”.<sup>18</sup>

El recorrido conmemorativo desembocó en las dos exposiciones californianas abiertas en 1915 y asociadas al Canal: la *Panama-Pacific Exposition* de San Francisco, gigantesca y respaldada por el gobierno federal; y la más modesta *Panama-California Exposition* en San Diego, con un carácter propio, regional e hispano. La de San Francisco desplegaba los éxitos de la urbe reconstruida y de toda la nación imperial, en medio de cantos a la amistad y la paz que contrastaban con la brutal guerra iniciada en Europa meses antes.<sup>19</sup> En sus pabellones se empleaba el estilo internacional que caracterizaba esta clase de muestras, pero con algunas alusiones hispánicas. No se dejaba de lado el marchamo español del sueño del Canal, pues las figuras de Colón y Balboa decoraban los certificados y premios oficiales (Moore 2013). En el recinto se plantaron sendas estatuas de Francisco Pizarro y Cortés y participaron artistas procedentes de España, algunos de ellos premiados, entre los que predominaban temas como los tipos populares y las gitanas y toreros (como los de José María López Mezquita), vistas de ciudades (las de Sevilla de Gonzalo Bilbao) y paisajes: el gran triunfador español fue Eliseo Meifrén, con varios mallorquines. También presentaron motivos españoles norteamericanos de la talla de John Singer Sargent, con patios y gitanas.<sup>20</sup> A falta de otras capacidades, España aparecía como un referente histórico lejano y como una mediana potencia artística, con una personalidad muy acusada y reconocible bajo la mirada neorromántica.

Frente al cosmopolitismo sanfranciscano, en San Diego se pretendía que el ambiente fuera por completo español y, en combinación con trazas latinoamericanas e indígenas, sirviese de núcleo para configurar una identidad peculiar en el sur de California y en el conjunto del suroeste, prioridad para los promotores de la exposición, hombres de negocios angloamericanos como Collier, G. Aubrey Davidson, del Southern Trust and Commerce Bank, y el magnate John Spreckels, dueño del periódico *San Diego*

17 Archivo Histórico Nacional, Madrid (AHN) Exteriores H-1483. *San Diego Union*, 7 y 26.9.1913.

18 Citas en *Official Program Carnaval Cabrillo*. San Diego: Order of Panama, 1913. AHN Exteriores H-1483.

19 *The Panama-Pacific International Exposition celebrating the Opening of the Panama Canal*. San Francisco: s.e., 1912.

20 *Official Catalogue*. San Francisco: Wahlgreen, 1915.

*Union* y de la compañía de ferrocarriles Southern Pacific. Así, y como rezaba un folleto de presentación, en el parque Balboa “vivirían de nuevo” el mismo descubridor y los exploradores de aquella costa (Kropp 1999, p. 210).

Desechado el estilo misión por demasiado sencillo y poco evocador, el encargo recayó en Bertram G. Goodhue, arquitecto experto en estilos historicistas y, en concreto, en el arte colonial de la Nueva España, autor asimismo del Hotel Washington en Colón, la ciudad de Panamá ubicada junto a la entrada atlántica del Canal. Goodhue se inspiró en la arquitectura española, con predominio del barroco churrigueresco y del plateresco y una mezcla de motivos peninsulares y mexicanos a la que sumaba toques moriscos de azulejos, fuentes y vegetación exhuberante. La exposición se articulaba en torno a un eje central que arrancaba del puente Cabrillo, que buscaba el efecto dramático del de Alcántara en Toledo, a lo largo del paseo llamado El Prado y hasta el sitio previsto para la estatua de Balboa, que nunca se hizo. El edificio más llamativo, el de California, tenía forma de catedral barroca y en su fachada reunía a los personajes de la historia que quería contarse: Serra y otros franciscanos, Cabrillo, Portolá y los reyes de España Carlos V y Felipe III; dentro, un friso retrataba la conquista española y a Balboa tomando posesión del océano (Bokovoy 2005).

La arquitectura, más o menos lograda, trataba de crear una población ideal y pintoresca, con misterio y encanto, “como un cuento de hadas” donde los *castles in Spain* se hiciesen realidad, la ciudad que soñaron Cabrillo y los padres franciscanos, “the magic city of Old Spain”.<sup>21</sup> Ese efecto se conseguía no sólo con los edificios sino también con el ambiente de los cafés –el Alhambra o el Cristóbal– y las calles vigiladas por los guardias de Balboa. Allí se exhibían trovadores con guitarras y bailarinas andaluzas provistas de castañuelas, como salidas de la ópera *Carmen*, *senoritas* convertidas en iconos sexuales y estrellas de la exposición, de nombre *La Felicia* o *La Belle Sevilla*, “con todo el fuego y la gracia peculiares de España”. También actuó el famoso tenor Florencio Constantino, quien entonó canciones vascas que, según decía, habían oído los misioneros del siglo XVIII. La *Spanish troupe*, alma de la exposición, hizo que el belicoso expresidente Theodore Roosevelt, que poco antes había estado en España, disfrutara con sus canciones. Hubo farsas llamadas *bodas españolas* y un espectáculo titulado *El harén del sultán* se cerró por indecente (Kropp 1999, p. 254). Mientras tanto, las exhibiciones complementarias repasaban la cultura de los nativos y reproducían a pequeña escala el Canal.<sup>22</sup>

La españolización de la muestra avanzó cuando en 1916, tras el cierre de la de San Francisco, se transformó en internacional: llegaron numerosas piezas y se montó una galería de artistas españoles junto a las de otros países, con cuadros de temática taurina de Francesc Galofre Oller o Meifrén.<sup>23</sup> La *Panama-California Exposition* fue todo un

21 *American Review of Reviews*, vol. 51/5, 5.1915, pp. 587-590.

22 *San Diego Union* 3.5, 1.6., 28.7., 12 y 25.8 y 2.11.1915 y 22.3.1916, cita en *Los Angeles Times*, 6.6.1915.

23 *San Diego Union*, 16.4 y 15.7.1916.

éxito, atrajo entre tres y cuatro millones de visitantes y supuso el arranque de la popularización del estilo colonial español como el característico de California (Bokovoy 2005).

## 2.2. LAS DUDAS DE ESPAÑA

El interés norteamericano hizo que a los gobiernos de Madrid les llovieran las invitaciones para participar en los diversos eventos californianos relacionados con el Canal de Panamá; sobre todo tras la llegada a la presidencia de Wilson, admirador de los descubridores, que quería mejorar los flujos comerciales con América Latina y también con España. Pero esas invitaciones tropezaban con un dilema español acerca de un posible encuentro con Estados Unidos. Por una parte, la desconfianza tras el *desastre* del 98 todavía estaba a flor de piel y los sectores conservadores, celosos de la castiza identidad católica, cultivaban los estereotipos acerca de un pueblo preso de los males modernos, como la obsesión por ganar dinero y el maquinismo (Fernández de Miguel 2012). Tampoco ayudaba el movimiento hispanoamericanista, transversal en el panorama político, que solía contraponer la raza anglosajona a la hispánica. Por otra, cundía asimismo una admiración algo ingenua hacia los avances norteamericanos y la voluntad de aprender de ellos (Niño 2005). Algunos elementos liberales, monárquicos o republicanos, elogiaban a un país que encarnaba la modernidad, querían asociarse a él en bien de la economía española –a través del comercio o del turismo– y, los más informados, aprovechar la moda hispánica para estrechar lazos culturales. En este grupo se encontraban las gentes próximas a la Institución Libre de Enseñanza, el principal núcleo intelectual progresista, unos cuantos políticos y el rey Alfonso XIII, autoproclamado regenerador de España.

Los diplomáticos españoles asistieron a las celebraciones de California, siempre como representantes del monarca. Así, en 1909 fue a San Francisco, a las fiestas de Portolá, el ministro plenipotenciario en Washington, el marqués de Villalobar, aunque el gobierno español no envió el buque de guerra que se le había solicitado. Su sucesor, Juan Riaño y Gayangos, pertenecía a una familia de la Institución Libre de Enseñanza y comprendía a la perfección la relevancia de estas ocasiones. Fue el invitado de honor en el Carnaval Cabrillo de 1913 en San Diego, donde ocupó un puesto preferente y sus discursos se aplaudieron como “la primera vez, desde hace generaciones, que la voz del rey de los españoles se oyó oficialmente” en suelo californiano.<sup>24</sup> Riaño, que después recorrió el Camino Real, consideró un gran éxito esta visita y anunció que la mejora de los vínculos culturales daría paso a un futuro auge mercantil gracias al Canal. Por otra parte, el cónsul en San Francisco, miembro honorario de la Orden de Panamá, protagonizó el centenario de Balboa, en el que leyó un mensaje de Alfonso XIII muy alabado por la prensa local.<sup>25</sup>

<sup>24</sup> Cita en *San Diego Union*, 26.9.1913.

<sup>25</sup> AHN Exteriores H-1483. *The San Francisco Call*, 21-22.10.1913.

Los informes de la diplomacia captaban con claridad la razón de aquellas llamadas: los californianos se atribuían un “origen semi-latino” y se sentían orgullosos de sus raíces hispánicas, que distinguían a su estado de otros de la unión. Como afirmaba Riaño, allí habían concedido a España una posición privilegiada porque simbolizaba “ideas tan sagradas para un pueblo nuevo como las de descendencia y vinculación de origen con los conquistadores y civilizadores primitivos, única aristocracia que posee el Occidente de este vasto Continente”. Así, desde comienzos de 1912 los responsables de la gran exposición de San Francisco reclamaron la participación española, “por razones históricas y de familia”. Una comisión norteamericana visitó Madrid, pero de entrada no obtuvo más que una respuesta ambigua.<sup>26</sup>

La insistencia hizo, no obstante, que el gobierno enviase a Estados Unidos, en misión especial, a Benigno de la Vega-Inclán, marqués de la Vega-Inclán, comisario regio de Turismo, senador liberal y hombre clave en la política cultural de la época. Muy próximo al rey, servía de puente entre la corte, la Institución Libre de Enseñanza y el mecenas norteamericano Archer M. Huntington, fundador de la Hispanic Society de Nueva York y propagandista de la cultura española. Encargado de explorar la posibilidad de levantar un pabellón español en San Francisco, Vega-Inclán viajó antes a San Diego, donde vio el parque Balboa, y desde allí siguió el Camino Real en peregrinación por las misiones. Contó con la ayuda de los diplomáticos españoles, de Collier –a quien agasajó luego en España– y de la Southern Pacific, que puso un tren a su servicio.<sup>27</sup> Le prometieron reconstruir las misiones aún en ruinas y establecer en ellas centros de cultura española, bibliotecas y escuelas. Y puso asimismo una placa en el monumento a Serra erigido por Miller, cuyo hotel le pareció un “baratijo de antigüedades”. En su recepción “dieron vivas al king Alfonso y tocaron el Himno de Riego con compás de cakewalk y creyendo que era la marcha real”, la música oficial española: “reminiscencias de la revolución mejicana”, opinó el marqués.<sup>28</sup>

A juicio de este enviado, California, sobre todo la meridional, “e(ra) absolutamente España y est(aba) por España”. Confirmaba de ese modo sus esperanzas, pues aquellas simpatías permitirían “un dominio espiritual” español y, a partir de ahí, una acción más práctica y remuneradora para España. En sus informes, Vega-Inclán subrayaba la vertiente monárquica de su viaje: en toda la región no sólo se conocía ya el nombre de España sino que se tenía “en alto concepto la persona de su Rey”.<sup>29</sup> Una imagen confirmada por la prensa norteamericana, ya que hasta *The New York Times* había hablado a su llegada de aquel “clear headed and progressive king of Spain” que traería a San Francisco una selección nunca vista del arte en tiempos de los Reyes Católicos.

26 AHN Exteriores H-3222. Citas en Riaño a Vega-Inclán, 25.1.1913; y Riaño a ministro de Estado, 27.1.1912.

27 AGA Presidencia 51/4056. *San Diego Union*, 4.1 y 29.9.1913.

28 Citas en Archivo Vega-Inclán, Madrid (AVI), FD1466 Diario de viaje 2.1.1913; y Archivo General de Palacio, Madrid (AGP) 12367/40 Vega-Inclán al rey, 8.1.1913. El *Himno de Riego* tenía connotaciones progresistas y era utilizado por los republicanos.

29 Citas en Vega-Inclán al rey, 3.1.1913, AGP 12367/40; y Vega-Inclán a presidente del Consejo, s.f., AGP 15592/1.

Desde luego, la ciudad californiana recibió al marqués como a un jefe de Estado, allí conoció a la colonia española y la sede de la exposición y se especuló sobre su pabellón y sobre una semana dedicada a España en la que podrían verse, en vivo, nobles de la vieja Castilla.<sup>30</sup>

De vuelta en la costa oriental, el delegado de España visitó al presidente William Taft –quien alabó a los españoles que trabajaban en Cuba y en el Canal–, que le pareció “más Sancho Panza que don Quijote”, y al recién elegido Wilson, “entre diplomático y leguleyesco”: a ambos confirmó que, pese a las sugerencias norteamericanas, Alfonso XIII no viajaría a Estados Unidos. No dejó de dar su opinión experta sobre obras españolas en las colecciones de algunos magnates, ante los cuales se vio exhibido “como una foca” en un “vértigo de festines”. En realidad, su viaje valió principalmente para acordar que la legación de España en Washington se transformara en embajada, la única con esa categoría en toda América.<sup>31</sup> Sin embargo, el marqués no se comprometió a nada respecto a la *Panama-Pacific Exposition*, por miedo a que un paso adelante sentara mal a otros países por su ligazón con el Canal, y dejó entreabierto la posibilidad de acudir a San Diego. Terminaron de decidirlo en contra de San Francisco las reservas del banquero J. P. Morgan, que le dio buenas palabras pero no quiso pagar el esfuerzo español. A juicio del marqués, como al de Huntington, suponía un gasto tan arriesgado como excesivo.<sup>32</sup>

No terminó ahí el tira y afloja entre estadounidenses y españoles. Wilson, lejos de rendirse, mandó representantes a Europa para persuadir a los diversos gobiernos, incluido el de Madrid, para que fueran a San Francisco. Se negaron tanto el británico, molesto por las tarifas discriminatorias establecidas para el Canal, como el alemán. En España abogaban por la participación el embajador Riaño y otros asesores del Ministerio de Estado, que veían en la pérdida de las colonias no una desgracia sino “el primer paso para su regeneración económica y para su prosperidad innegable”, algunos comerciantes y las élites locales de ciudades como Sevilla, que aspiraba a promocionar su propia exposición.<sup>33</sup> También intervinieron a favor de la causa el político catalanista Francesc Cambó y la colonia española en la ciudad californiana. Por falta de fondos, el ejecutivo rechazó la invitación; pero el mismo Alfonso XIII revocó la negativa en vísperas del estallido de la Gran Guerra, convencido por los argumentos nacionalistas acerca de los precedentes hispanos del Canal y del estilo renacimiento español que aún se barajaba para la feria. En el verano de 1914 se habló, como cosa hecha, de un futuro pabellón diseñado por el arquitecto regionalista Ricardo Velázquez, con una fuente del célebre escultor Mariano Benlliure. Incluso se aprobó el crédito correspondiente.<sup>34</sup>

30 Cita en *The New York Times*, 29.12.1912. *The San Francisco Call*, 7 y 14.1.1913.

31 Citas en AVI FD1466 Diario de viaje 24 y 27.1.1913. *The New York Times*, 28.1.1913. *Evening Star*, 28.6.1913.

32 AGP 15592/1. AVI FD1466.

33 Cita en informe s.f. al ministro de Estado, AHN Exteriores H-3219. AGA Presidencia 51/03479.

34 AHN Exteriores H-3222. *The New York Times*, 7.8.1914. *La Época*, 15.7.1914.

El agravamiento de la situación en Europa hizo, sin embargo, que no se volviese a hablar más del asunto: en definitiva, España no estaría en San Francisco. Siguió un rumbo distinto, aunque con resultados semejantes, el convite para que la monarquía española se sumara a la inauguración del Canal. Una gran parada naval, con el presidente en vanguardia, debía salir de Virginia y, tras atravesar la gran obra, terminar en San Francisco a tiempo para abrir la exposición. Durante meses, el gobierno de Madrid se resistió y pronto asomaron los agravios de 1898, puesto que los organizadores contaban con barcos estadounidenses que habían tomado parte en los combates coloniales. Pero cedió a las presiones, a las que se unió el propio Wilson, y prometió enviar el acorazado *España*, joya de la nueva armada construida tras el *desastre* (Montero Jiménez 2011). De todos modos, el avance de la guerra europea hizo que los fastos previstos para 1915 nunca se celebraran.<sup>35</sup>

Más aún, desde San Diego solicitaron que España figurara de algún modo en la *Pacific-California Exposition*, consagrada, decía el presidente de su comité al embajador, “a celebrar los logros de la civilización española en el hemisferio occidental”. El cónsul en el estado asistió a la apertura, pero costó mucho tiempo que el rey enviara, como quería la organización, una bandera española para izarla en un sitio preferente, “como emblema del país cuyos logros a favor de la Cristiandad y civilización la Exposición está dedicada a conmemorar”. Tras un año de dejadez, en el que el monarca se olvidó de la cuestión, cuando la muestra se reinauguró en marzo de 1916, se colocó finalmente el pabellón, con honores militares y mientras sonaba una campana en recuerdo de las misiones.<sup>36</sup>

En estas largas negociaciones, representaron un papel destacado algunos miembros de la pequeña comunidad española de San Francisco, muy activos, como sus compatriotas en toda América, a la hora de reafirmar su identidad como descendientes de los conquistadores y para defender a España frente a quienes la acusaban de tener una escasa capacidad productiva. Entre ellos sobresalían personajes emparentados con la buena sociedad californiana, como los ingenieros Juan Cebrián, madrileño, y Eusebi Molera, catalán, incansables en su reivindicación del pasado español, animadores del festival Portolá y promotores de monumentos a Serra y a Cervantes, este último en 1916, en el tercer centenario de su muerte (Varela-Lago 2008).<sup>37</sup>

Por último, el rescate de la historia colonial española en Estados Unidos sintonizó con las preocupaciones del regeneracionismo español. Facilitó este nexo el historiador Rafael Altamira, un hombre de la Institución Libre de Enseñanza, delegado de España en el congreso sobre el Pacífico que acogió la exposición de San Francisco. Allí habló de la labor civilizadora de los españoles que, de Balboa en adelante, habían perseguido las metas de Colón y realizado notables avances científicos: a España debía reconocérsele

35 AHN Exteriores H-2442.

36 Cita en Davidson a Riaño, 8.12.1914, AGA Estado 54/8139. AHN H-3222. *San Diego Evening Tribune*, 18.3.1916.

37 AHN Exteriores H-3222.

al menos la primacía en la concepción de la idea del Canal. Más allá de estas razones ya conocidas, Altamira sostuvo que entre los españoles de ayer y los norteamericanos de hoy existía una profunda afinidad, pues compartían las mismas cualidades: “la fortaleza en el sufrimiento, la serenidad en el peligro, la energía en la lucha, el empuje en el avance, la valentía y desprecio de las dificultades en todo momento”. En cierto modo, las realizaciones contemporáneas de Estados Unidos encontraban su mejor precedente en los “profesores de energía” hispanos, lo cual proporcionaba una buena base para la colaboración futura (Altamira 2008 [1915], pp. 123 y 133).

Con la vista puesta en la regeneración de España, Altamira escribió un elogioso prólogo a la edición española del libro de Charles Lummis, titulada *Los exploradores españoles del siglo XVI*, pagada por Cebrián y traducida por Arturo Cuyás, que había vivido en Nueva York y creó la rama autóctona de los *boy-scouts*, los Exploradores de España. Molera había regalado la obra al rey durante una audiencia en la que le contó las ventajas de participar en la exposición de San Francisco. Para todos ellos, la recuperación del país dependía del cultivo, sobre todo entre los jóvenes, de las antiguas virtudes perdidas y ahora recogidas por los norteamericanos. Coincidían en el mismo tratamiento escritores nacionalistas como Julián Juderías, autor de un conocidísimo ensayo contra la *leyenda negra* antiespañola, volcado al inglés gracias a Cebrián; y Mariano de Cavia, que se descubría ante Lummis, a quien, como a otros hispanistas como MacGroarty, condecoró Alfonso XIII.<sup>38</sup> Altamira sintetizaba estas opiniones cuando decía que los españoles debían conocer sus glorias e imitar a sus antepasados para que aquellas brillantes condiciones “reaparezcan si es que se desvanecieron, o se aviven, si es que continúan pero desmayadamente o con escasas manifestaciones, en el fondo espiritual de nuestra raza” (Lummis 1916, p. 32). De esa forma, la búsqueda de una identidad hispánica por parte de los californianos podía coadyuvar al renacimiento de España.

### 3. LA REPÚBLICA DE BALBOA

El Canal de Panamá no sólo consagró el predominio imperial de Estados Unidos en América, sino que también sacudió la situación geopolítica del istmo donde se excavó: en 1903 surgió allí una nueva República, escindida de Colombia y subordinada de inmediato a la gran potencia del norte, que gobernó directamente la zona del Canal. Este Estado recién nacido tuvo que dotarse de una identidad nacional propia sobre la base de las peculiaridades panameñas, decantadas durante el siglo anterior, y recurrió para perfilarla a una matriz hispánica. Con ese fin convirtió a Vasco Núñez de Balboa, supuesto precursor del Canal, en un verdadero héroe nacional, a la vez que buscaba la complicidad de España en sus programas conmemorativos. A diferencia de lo ocurrido con California, en este caso las autoridades españolas, empezando por el rey, acudieron a la cita sin prevenciones y sin que la Gran Guerra cancelara su compromiso.

38 *La Lectura*, 1.1916; *El Imparcial*, 29.5.1916.

### 3.1. CONSTRUCCIÓN NACIONAL E HISPANISMO EN PANAMÁ

La construcción nacional que siguió a la independencia en Panamá fue asumida por un puñado de políticos e intelectuales entre los que sobresalía Belisario Porras, presidente de la República de 1912 a 1916 y de 1918 a 1924. Aunque se había opuesto a la escisión bajo el paraguas norteamericano, Porras se reconcilió con Estados Unidos y promovió al tiempo un discurso nacionalista que combinaba el énfasis en el progreso material con referencias a los clásicos y al hispanismo. Con él colaboraron convencidos hispanoamericanistas formados en Colombia y deslumbrados por España, donde algunos ocuparon cargos diplomáticos, como el poeta Ricardo Miró o el historiador Juan B. Sosa, delegado panameño en el congreso de Sevilla y autor de manuales escolares oficiales (Szok 2001). Si, por una parte, dotaron al Estado de infraestructuras, prestando una especial atención a las educativas, por otra, pusieron en pie el edificio nacional acudiendo a la mitificación del pasado, en una obra política que recordaba la del régimen mexicano de Porfirio Díaz.

El nacionalismo panameño necesitaba, para empezar, de algunos símbolos oficiales, como la bandera, inventada entre 1903 y 1904; el himno, compuesto por un español y adoptado en 1906; y la fiesta nacional del 3 de noviembre, día de la independencia. También de instituciones culturales como las academias, el teatro nacional, los archivos o el Instituto nacional, donde estudiaban las élites. Decididos a refutar las acusaciones de no ser más que títeres de Estados Unidos, los nacionalistas manejaban dos tesis fundamentales: la nación se había constituido como una comunidad hanseática, comercial y liberal, enfrentada desde antiguo al conservadurismo proteccionista colombiano; y, lejos de carecer de identidad definida, pertenecía a la comunidad hispanoamericana, a la raza hispánica, cuya lengua defendía con ardor. Así afrontaban la dependencia externa y contenían las convulsiones sociales ocasionadas por el Canal, que atrajo a una población multiétnica difícil de controlar (Szok 2001). Su uso del hispanismo se asemejaba al de Puerto Rico, donde, a partir de 1898, se recurrió también a él como escudo frente a los colonizadores norteamericanos (Schmidt-Nowara 2008).

La reivindicación de la herencia hispánica se reflejó en todas las artes y articuló una coherente política pedagógica, conmemorativa y monumental (Chirú Barrios 2011). Al mismo tiempo, la prensa panameña prestaba una atención constante a España, con noticias sobre las idas y venidas del rey, política o sucesos, la guerra de Marruecos y fundaciones culturales como las de Vega-Inclán, y desde luego las corridas de toros, pues los toreros españoles visitaban con regularidad el país.<sup>39</sup> En ese contexto, la figura de Núñez de Balboa se erigió en emblema indiscutible de Panamá, porque subrayaba su relieve dentro del imperio español, en la ruta hacia el Perú, lo cual reafirmaba asimismo su pertenencia a la comunidad hispánica; y enlazaba esa función con su deriva contemporánea: el istmo era, ante todo, una zona de tránsito, la puerta del comer-

39 Véase, por ejemplo, *Diario de Panamá*, 23.2 y 4.3.1916.

cio mundial. Además, Balboa había sido su primer gobernador. El héroe castellano se transformaba pues en el padre fundador de la patria, que bautizaba con su nombre una ciudad, la moneda y hasta la cerveza local, un modelo cuya gesta glosaban los textos escolares. En una biografía de 1934, publicada en Madrid por el educador panameño Octavio Méndez Pereira, el descubridor vislumbraba el Canal y se preguntaba quiénes eran aquellos norteamericanos, “fornidos y rubios, rapados y simples como niños gigantes, que han traído maquinarias y palas monstruosas y compuertas enormes, que se abren y se cierran matemáticamente” (Méndez Pereira, pp. 202-203).

El centenario de Balboa se marcó así en rojo en el calendario con dos proyectos de largo alcance: una exposición nacional y un gran monumento. Según el decreto presidencial que la convocaba, la muestra había de “enaltecer y honrar la memoria del ilustre descubridor del Océano Pacífico” y estrechar los lazos con la *madre patria* y con los hermanos hispanoamericanos. Ese lenguaje grandilocuente exhortaba a “laborar por la hegemonía de la raza” y a que la España moderna emprendiese “una conquista espiritual de sus antiguas dominaciones”.<sup>40</sup> Sus trabajos proporcionaron un ensanche a la capital y aspiraban a mostrar al mundo el progreso de la república, estación mercantil junto al Canal. Criticada por quienes acusaban al presidente de derrochar recursos públicos y retrasada varias veces, la feria se inauguró en febrero de 1916. En la ceremonia correspondiente, Porras expresó su “gratitud hacia el valiente Balboa, considerándolo como el primero de los grandes progenitores de este pueblo”.<sup>41</sup> La exposición panameña se nutrió de piezas procedentes de la de San Francisco y a ella sólo acudieron, además de España, Cuba y Estados Unidos, que exhibió su poderío con armas, modelos de barcos y diques y abundante información sobre la zona canalera.<sup>42</sup>

Hubo otras conmemoraciones hispanófilas, como el centenario de Cervantes en 1916, festejado con juegos florales que remarcaban la importancia de conservar el idioma y con planes para erigir una estatua al escritor que encarnaba el espíritu de la raza, o el de la fundación de Panamá la Vieja en 1919 (Chirú Barrios 2011). Pero el fruto más logrado de este programa fue el monumento a Balboa, idea de Porras y Sosa en el municipio de la capital ya en 1909, relanzada por el Estado en 1913 y sólo culminada once años después, en un acto que sirvió de despedida al presidente. En él, Porras relató con detalle sus peripecias y su ignominiosa ejecución, lo puso como ejemplo para la juventud panameña y lo retrató como un superhombre nietzscheano, trasunto de su propio liderazgo colosal: “un conductor de pueblos que tiene confianza en sí mismo, que domina el ambiente, no por la violencia, sino por el magnetismo de su persona”. El decreto que señalaba aquella inauguración como un día de júbilo nacional recordaba, de nuevo, el significado nacionalista del descubrimiento del Pacífico, “pues desde

40 Citas en Decreto 17.6.1913 y *Boletín Oficial de la Exposición Nacional de Panamá*, nº 2, 1.5.1915, p. 57.

41 AHN Exteriores H-3219. *Discurso pronunciado por el Señor Presidente...con motivo de la apertura de la Exposición Nacional de Panamá*, Panamá, Imprenta Nacional, 1916, p. 4.

42 *Diario de Panamá*, 19.1, 6 y 12.2 y 11.3.1916.

entonces quedaron en evidencia la configuración y situación de nuestro territorio y se puso de manifiesto nuestro destino”.<sup>43</sup>

### 3.2. LA POSITIVA RESPUESTA ESPAÑOLA

En contraste con las dudas que suscitó en España la adhesión a las exposiciones y fiestas norteamericanas relacionadas con el Canal, la llamada de Panamá fue atendida de un modo casi incondicional. Había que dar la bienvenida a un nuevo miembro de la comunidad hispánica, que además otorgaba a la vieja metrópoli un papel protagonista a través del cual se hacía presente, aunque sólo de forma simbólica, en la gran vía interoceánica. A ello contribuyeron con entusiasmo los españoles residentes en la república, encuadrados en asociaciones como el Centro Español y la Sociedad Española de Beneficencia que presidía su principal dirigente, Gervasio García, músico y empresario. En la colonia había grandes desigualdades y discrepancias acerca del estado, decadente o en proceso de regeneración, de su patria española.<sup>44</sup> Pero en su seno marcaban el paso las élites comprometidas con los afanes nacionalistas, que promovieron, en sintonía con el gobierno panameño, el monumento a Cervantes, la fiesta de la raza cada 12 de octubre y, por supuesto, el culto a Balboa. En una carta a Alfonso XIII, le aseguraban que “estas hermosas páginas de nuestra Historia Patria son para nosotros el máximo estímulo para trabajar con fe dentro de nuestra modesta esfera, cooperando de este modo en hacer grande a nuestra España”.<sup>45</sup>

Los responsables de la exposición nacional hicieron todo lo posible por homenajear a la *madre patria*. Su bandera reproducía la mitad superior del pabellón panameño y la inferior del español. Único país europeo invitado, España aceptó ese papel desde el comienzo. Cuando el estallido de la guerra europea puso en peligro la participación en este tipo de eventos, los diplomáticos panameños en Madrid se movilizaron, con la ayuda de políticos conservadores y del catalanista Frederic Rahola, presidente de la Casa de América de Barcelona, para evitar la deserción. Mientras renunciaban a ir a San Francisco, las autoridades españolas reafirmaban su decisión de no faltar a la cita de Panamá, más barata y menos problemática, por el protagonismo que concedía a la España neutral.<sup>46</sup>

De manera que se procedió a construir un pabellón permanente, pensado como futura sede de un museo comercial. Según el comisario regio nombrado para la ocasión, con eso “podría triplicarse en poco tiempo la importación allí de productos españoles

43 *Diario de Panamá*, 15.4.1916 y 20.9.1913. Citas en *Inauguración del monumento erigido en la ciudad de Panamá al Adelantado Vasco Núñez de Balboa...* Panamá: Imprenta Nacional, 1924, p. 19; y Decreto 19.9.1924.

44 *Diario de Panamá*, 15 y 19.9.1913.

45 Cita en los españoles de Panamá al rey, 12.10.1913, AHN Exteriores H-3219.

46 AHN Exteriores H-3219. Informe, 8.3.1916, Archivo Belisario Porras, Panamá (ABP). Relaciones Exteriores, Cartas, T. VI.

y conquistar PARA SIEMPRE nuestra supremacía comercial que otras naciones europeas acabarían por obtener a costa de nuestro descuido”. La presencia española era tan relevante que, para facilitarla, la apertura de la feria se retrasó varias veces, aun a costa de no coincidir con la oficial del Canal. El delegado eligió el proyecto del edificio de acuerdo con las sociedades de emigrantes, no sin una agria polémica desatada por los perdedores del concurso, que le acusaron de “prevaricador, dilapidador del capital español” y “mal caballero cobarde”. El pabellón, de estilo renacentista y decorado con los escudos de las provincias españolas, las efigies de Colón y Balboa y las carabelas, se dio por acabado en la primavera de 1916, poco después de la inauguración del conjunto.<sup>47</sup>

No obstante, los productores españoles brillaron por su ausencia. Su falta de entrega podía achacarse a las complicadas condiciones creadas por la contienda mundial, pero estas no impidieron que tomaran el relevo los artistas de la Asociación de Pintores y Escultores, quienes lograron llevar a Panamá una buena selección de sus obras. Con nuevos retrasos, discusiones y dificultades, que se resolvieron gracias a la intercesión del rey, llegaron a tiempo de recibir a miles de turistas norteamericanos que visitaban el Canal. Entre las piezas premiadas figuraban una *bailadora* flamenca de Mariano Benlliure, pinturas de tema castellano –como *El jorobado de Burgohondo*, de Eduardo Chicharro– y un retrato de la infanta Isabel, tía del monarca, de López Mezquita. Una visión panorámica de España, de sus paisajes y tipos, lo más característico y peculiar del país. En resumen, a la hora de representar a España, y como había ocurrido ya en California, lo cultural se impuso a lo económico.<sup>48</sup>

En cuanto al monumento a Balboa, los planes panameños confluyeron con los españoles, pues la Casa de América catalana había propuesto algo parecido (Marcilhacy 2006). El proyecto se encauzó en 1913, cuando Belisario Porras escribió a Alfonso XIII para pedirle su ayuda en el alzamiento de una estatua colosal, como la de la Libertad en Nueva York, plantada en la entrada del Canal para que fuera “saludada eternamente por las banderas de todas las naciones” como “un símbolo de la solidaridad de la raza”. El rey quiso encabezar, junto al presidente, una suscripción pública que movilizó a diversas instituciones dentro y fuera de España. El Centro de Cultura Hispanoamericana, de raigambre liberal, recogió fondos de ayuntamientos españoles, mientras los cónsules panameños hacían otro tanto en varias ciudades. Pero quienes llevaron la voz cantante fueron el Ministerio de Estado y la Unión Iberoamericana, organismo semioficial y portavoz de los hispanoamericanistas. Si la Unión puso a trabajar a sus delegaciones, la diplomacia española trató de implicar a los gobiernos latinoamericanos: encontró obstáculos insalvables en los que recelaban del Canal, con el de Colombia a la cabeza, y al final sólo se adhirieron los de Argentina, México y Guatemala. La lista de suscriptores, en la que aparecían más españoles que panameños, revelaba la fuerza que

47 Cita en informe de Motta, s.f., AGA Estado 54/17184. También 54/17248. Cita en Motta a ministro de Relaciones Exteriores, 17.7.1915, ABP. Relaciones Exteriores, Cartas, T. IV.

48 AGA Estado 54/17184 y 54/17248. AGP 16230/47. *Diario de Panamá*, 1.9.1916.

había alcanzado en España la vertiente americana del españolismo regeneracionista (Chirú Barrios 2011, pp. 210-211).<sup>49</sup>

La escultura monumental se encargó a dos artistas españoles de prestigio en América: Benlliure, estrella del academicismo y autor de otras obras parecidas –como la ofrecida a Bolívar en suelo panameño–, y Miquel Blay, presidente de la junta de relaciones artísticas con aquel continente (Vilallonga 2008). Su tamaño final nada tenía que ver con las fantasías iniciales, y tampoco se colocó en la puerta del Canal, sino en el barrio de la exposición de la capital, como parte del plan nacionalizador que integraba también el monumento a Cervantes. Pero su valor quedaba bien claro: allí se retrataba al hidalgo español por excelencia, epítome de las cualidades hispánicas, en una versión conservadora que olvidaba su condena por parte de Pedrarias. En pleno triunfo, un arrogante Balboa portaba el pendón de Castilla en una mano y la espada en la otra, invertida para que se viera bien la cruz. A sus pies, en torno a un globo terráqueo se enlazaban las razas del mundo, mientras en el pedestal se tallaban los escudos de los países comprometidos y placas con las cartas cruzadas entre Porras y Alfonso XIII (Marcilhacy 2006). Su desvelamiento en 1924 no consiguió, contra los deseos panameños, que el rey emprendiera su prometido y nunca realizado viaje a América. Pero el enviado español dejó un inequívoco mensaje nacionalista: “la magna Hispania se levanta vigorosa, y pide el puesto que le corresponde en el banquete de la civilización”.<sup>50</sup>

## CONCLUSIONES

En torno a la culminación del Canal de Panamá, entre 1909 y 1916, diversas conmemoraciones y exposiciones trataron de dar sentido histórico a un acontecimiento que ratificaba la hegemonía imperial de Estados Unidos en América y abría infinitas posibilidades a las poblaciones costeras del Océano Pacífico. El cuarto centenario de su descubrimiento en 1513 decantó un mito versátil, el del explorador Vasco Núñez de Balboa, empleado por varios países como una herramienta útil en sus respectivas construcciones nacionales. Héroe humanitario y trágico, representaba sobre todo la hidalguía, compendio de coraje, generosidad y nobleza, que se atribuía a la antigua monarquía hispánica. Considerado de manera unánime el gran precursor del Canal, se consagró como un modelo para las gentes de comienzos del siglo xx, desde los hombres de negocios californianos que decían compartir sus virtudes hasta el Estado panameño, que lo convirtió en padre fundador de la patria, pasando por sus admiradores españoles, empeñados en la regeneración nacional después del *desastre* de 1898. Los herederos de Balboa eran legión.

En California, el centenario de Balboa se integró en un amplio ciclo conmemorativo que reivindicaba el pasado colonial del estado, sello aristocrático de distinción frente

49 Cita en Porras al rey, despacho 17.2.1913, AGA Estado 54/17248. AHN Exteriores H-2574. AGP 15785/6.

50 AHN Exteriores H-1674. Cita en *Inauguración del monumento*, cit., p. 33.

a la costa oriental del país. Descubridores, conquistadores y frailes franciscanos habían traído la civilización occidental –con su marca indeleble, el cristianismo– a territorio norteamericano y componían un paraíso perdido y armónico que había que evocar. Así lo hicieron sus legítimas continuadoras, las élites políticas y empresariales de San Francisco o San Diego, en festivales y grandes ferias. En Panamá, el mito sirvió a la urgente necesidad de edificar una identidad nacional que diese cohesión a la nueva república y refutara las acusaciones acerca de su excesiva dependencia respecto a Estados Unidos. Balboa simbolizaba el destino geográfico del país y su alineación con la familia hispanoamericana, como también se encargaron de resaltar, a un nivel mucho más modesto, muestras y monumentos nacionales. Si en un caso actuaron sobre todo asociaciones y poderes locales, en el otro sobresalió la labor del Estado, con la ayuda de la colectividad de emigrantes españoles.

Pero, por diferentes que fueran, ambos territorios compartían no sólo el gusto por la *centenariomanía* y las exhibiciones, sino también algo más, revelado a través del culto a Balboa y a otros personajes de la conquista: la apelación a España, al prestigio que proporcionaba aquella historia idealizada y a un conjunto de rasgos culturales estereotipados y juzgados positivos en términos neorrománticos, como la alegría de vivir o la belleza femenina. Esa amalgama, mezcla de prosapia nobiliaria castellana y tipismo andaluz, daba substancia a las identidades americanas contemporáneas y exigía la presencia de España en las celebraciones ultramarinas, como una *madre patria* que, desprovista de todas sus colonias en la guerra hispano-norteamericana de 1898, resultaba tan atrayente como inofensiva. Además, trazaba una genealogía blanca en medio de sociedades multiétnicas y mestizas.

Todo ello ponía de relieve la cualidad transnacional de las construcciones identitarias, nacionales o territoriales. En ellas se utilizaban los mismos instrumentos, festivos o pedagógicos, oficiales y de la sociedad civil, monumentales e impresos, elitistas o abiertos a la participación de la ciudadanía. Pero, más allá de este fenómeno universal, comprobado una y otra vez por los estudiosos del nacionalismo y sus variantes, esa cualidad se volcaba en múltiples contactos y transferencias entre países, personalizadas por actores diversos. Emigrados, comerciantes, historiadores, artistas y diplomáticos de unos estados colaboraban en la nacionalización de otros. Y no era sólo una cuestión de relaciones culturales. Se trataba de proporcionar reconocimiento, verosimilitud y legitimidad a esos procesos nacionalizadores. Que los delegados españoles sobresalieran en las cabalgatas californianas o que el rey y las sociedades hispanoamericanistas de España encabezaran la suscripción pública para erigir una estatua al héroe nacional panameño no son sino ejemplos de una dinámica mucho más amplia, poco destacada hasta ahora en la literatura académica.

La respuesta de España ante tanto requerimiento externo fue oscilante y dubitativa. Los sectores liberales de la intelectualidad y de los cuadros políticos y funcionariales aspiraban a impulsar la modernización del país mediante una estrategia que combinara el fomento del orgullo patrio, la apertura internacional y la prosperidad económica.

Con ese fin, la vertiente hispanoamericana de la identidad española, en auge al iniciarse el siglo, no les parecía incompatible con la aproximación a Estados Unidos, aun a costa de olvidar con rapidez la humillación del 98. Para el ala más conservadora de la sociedad española, en cambio, la derrota había apuntalado un antiamericanismo que no permitía tales expansiones. Así pues, no fue casual que los principales personajes implicados en el aprovechamiento de la moda española en California –Riaño, Vega-Inclán, Altamira– se hallaran próximos a la Institución Libre de Enseñanza. El caso de Panamá no ofrecía, por sus dimensiones y por el consenso hispanoamericanista vigente, tantos problemas.

Destacaba, en aquel entorno, el papel representado por Alfonso XIII, tanto en Estados Unidos como en Panamá. Con una imagen favorable en los medios americanos, el rey sintonizaba con los círculos proestadounidenses y se veía a sí mismo como cabeza de la comunidad hispanoamericana. En consecuencia, alentaba las colaboraciones, tomaba iniciativas y desbloqueaba asuntos atascados en los engranajes administrativos y políticos, como la presencia española en la exposición internacional de San Francisco, arruinada al final con el pretexto de la guerra europea, y en la nacional de Panamá, esta sí lograda pese a los obstáculos burocráticos que se le oponían. Sólo él, al frente de los asuntos exteriores, podía responder a las apelaciones de los presidentes Belisario Porras y Woodrow Wilson, ambos muy interesados en captar la benevolencia española.

Por último, las especulaciones desatadas con motivo del centenario de Balboa, acerca de los enormes beneficios que traerían para España el Canal y sus eventos anexos, quedaron en pura retórica. Los implicados soñaban con que los lazos culturales inflaran los flujos comerciales, pero, a la hora de la verdad, los españoles no fueron capaces de proyectar una mínima solvencia económica, sino que hubieron de conformarse con el papel que les tenían reservado en América: el de un referente histórico y una compañía exótica, vinculada a las artes y al folclore. Una nación identificada no con el progreso en un mundo cada vez mejor comunicado, sino con la herencia de los conquistadores y el sonido de las castañuelas.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALTAMIRA, R., 2008 [1915]. La huella de España en el Pacífico. En: *La huella de España en América*. Salamanca: Universidad de Salamanca, pp. 107-135.
- ALTOLAGUIRRE, A., 1914. *Vasco Núñez de Balboa*. Madrid: Patronato de Huérfanos de Intendencia.
- ARAM, B., 2008. *Leyenda negra y leyendas doradas en la conquista de América*. Madrid: Marcial Pons.
- BLACK, S. F., 1913. *San Diego County, California*. Chicago: Clarke, vol. 1.
- BOKOVOY, M. F., 2005. *The San Diego World's Fairs and Southwestern Memory, 1880-1940*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- CHIRÚ BARRIOS, F. J., 2011. *Conmemoraciones y monumentalidad: las políticas de la memoria en Panamá, 1903-1931*. Tesis doctoral. San José: Universidad de Costa Rica.
- FERNÁNDEZ DE MIGUEL, D., 2012. *El enemigo yanqui. Las raíces conservadoras del antiamericanismo español*. Zaragoza: Genuève.

- KAGAN, R. L., 2010. The Spanish Craze in the United States: Cultural Entitlement and the Appropriation of Spain's Cultural Patrimony, ca. 1890 - ca. 1930. *Revista Complutense de Historia de América*, vol. 36, pp. 37-58.
- KROPP, P. S., 1999. "All Our Yesterdays": *The Spanish Fantasy Past and the Politics of Public Memory in Southern California, 1884-1939*. Tesis doctoral. San Diego: University of California.
- LUMMIS, C. F. 1916. *Los exploradores españoles del siglo xvi. Vindicación de la acción colonizadora española en América*. Barcelona: Araluce.
- MARCILHACY, D., 2006. *Une histoire culturelle de l'hispano-americanisme (1910-1930)*. Tesis doctoral. París: Université de Paris III.
- MÉNDEZ PEREIRA, O., 1934. *Núñez de Balboa. El tesoro de Dabaibe*. Madrid: Nuestra Raza.
- MÉNDEZ PEREIRA, O. y C. J. MARTÍNEZ, 1916. *Elementos de Instrucción Cívica*. Panamá: Esto y Aquello.
- MONTERO JIMÉNEZ, J. A., 2011. *El despertar de la gran potencia. Las relaciones entre España y los Estados Unidos (1898-1930)*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- MOORE, S. J., 2013. *Empire on Display: San Francisco's Panama-Pacific International Exposition of 1915*. Oklahoma: University of Oklahoma Press.
- MORENO LUZÓN, J., 2010. Reconquistar América para regenerar España. Nacionalismo español y centenario de las independencias (1910-1911). *Historia Mexicana*, vol. LX (1) 237, pp. 561-640.
- NIÑO, A., 2005. Las relaciones culturales como punto de reencuentro hispano-estadounidense. En: L. DELGADO y M. D. ELIZALDE (eds.), *España y Estados Unidos en el siglo xx*. Madrid: CSIC, pp. 57-94.
- PÉREZ, M. y P. NOUGUÉS, 1915. *Los precursores españoles del canal interoceánico*. Madrid: Hernando.
- QUINTANA, M. J., 1946 [1807]. Vasco Núñez de Balboa. En *Obras completas*. Madrid: Atlas, pp. 281-300.
- RUIZ DE OBREGÓN, Á., 1913. *Vasco Núñez de Balboa*. Barcelona: Maucci.
- SCHMIDT-NOWARA, C., 2008. Spanish Origins of American Empire: Hispanism, History, and Commemoration, 1898-1915, *The International History Review*, vol. XXX 1, pp. 32-51.
- STARR, K., 1986. *Inventing the Dream. California through the Progressive Era*. Nueva York: Oxford University Press.
- SZOK, P. A., 2001. "La última gaviota". *Liberalism and Nostalgia in Early Twentieth-Century Panamá*. Westport: Greenwood.
- THIESSE, A.-M., 2006. Les identités nationales, un paradigme transnational. En A. DIECKHOFF y C. JAFFRELOT (dirs.), *Repenser le nationalisme. Théories et pratiques*. París: Sciences Po, pp. 193-226.
- THOMPSON, M., 2001. *American Character. The Curious Life of Charles Fletcher Lummis and the Rediscovery of the Southwest*. Nueva York: Arcade.
- VARELA-LAGO, A. M., 2008. *Conquerors, Immigrants, Exiles: The Spanish Diaspora in the United States (1848-1948)*. Tesis doctoral. San Diego: University of California.
- VILALLONGA, B., 2008. Mecenazgo político y estatuaría monumental: la obra de Miquel Blay en Panamá. *Diálogos*, vol. especial, pp. 2156-2178.